

Dimensiones de identidad social en jóvenes sordos

Luis Rodríguez
Equipo Psicopedagógico de La Coruña
Xunta de Galicia
Constantino Arce
José Manuel Sabucedo
Universidad de Santiago de Compostela

En este artículo, desde una metodología basada fundamentalmente en el escalamiento multidimensional, se analizan los procesos de identidad social en los jóvenes sordos severos y profundos prelocutivos. Para ello, se adopta la Teoría de la Categorización-Identidad-Comparación social (CIC) propuesta por Tajfel y Turner. Esto es así, porque se estima que la pertenencia a un grupo diferenciado como el de los sordos configurará de manera relevante su Identidad Social. Igualmente se trata de comprobar si, al objeto de obtener una identidad social positiva, también se producen sesgos endogrupales dentro de una población asociada a una minusvalía.

Palabras clave: Identidad social, minorías, sordera, escalamiento multidimensional.

The article analyzes processes of social identity in young deaf people from a multidimensional perspective, using Tajfel and Turner's Social Categorization-Identity-Comparison Theory. Our hypothesis is that the fact of belonging to a differentiated social group, such as the deaf population, has a marked effect on social identity. In addition, the authors examine whether intragroup bias emerges inside a disabled population as a result of attempts to obtain a positive social identity.

Key words: Social Identity. Minority Groups. Deafness. Multidimensional Scaling.

La pertenencia a los diferentes grupos sociales incide en el tipo de identidad social de los sujetos. Esa identidad social se desarrollará en función de las características y atributos del grupo y de las comparaciones intergrupales.

Estos planteamientos han sido propuestos en la década de los setenta por Tajfel y Turner mediante la Teoría de la Categorización-Identidad-Comparación social (CIC), también conocida como Teoría de la Identidad Social, y surge como reacción, dentro de la psicología social europea, a las concepciones individualistas abrumadoramente predominantes en la época (Morales, 1990).

No es posible entender la conducta humana referida únicamente al ámbito de las relaciones interpersonales, pues las personas tratan a los miembros de los grupos ajenos como a un todo, más o menos unificado, sin tener en cuenta aspectos o consideraciones individuales al destacar las características más relevantes del grupo.

Por esta razón, el hecho de percibir a otras personas como miembros de un grupo social determinado influye en la visión que se tiene de ellos. Este proceso cognitivo que nos permite agrupar a las personas supone sencillamente un mecanismo de simplificación social que facilita la definición de un individuo en la sociedad y que permite establecer una diferenciación social entre el propio grupo (endogrupo) y los otros (exogrupos). En definitiva, la percepción de pertenecer a un grupo determinado induce a las personas a verse a sí mismas como parecidas a las otras del propio grupo y, en consecuencia, como distintas a los grupos ajenos.

De esta forma, la identidad social es definida por Tajfel (1984, p. 292) como «aquella parte del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo (o grupos) social junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia», en tanto que el grupo social se concibe como «una colección de individuos que se perciben a sí mismos como miembros de la misma categoría social» (Turner, 1990, p. 147).

Al unir la identidad social de un sujeto con el conocimiento de su pertenencia a determinados grupos sociales (entiéndase al significado emocional y valorativo de esa pertenencia) se destaca claramente el carácter intergrupar de la comparación social y, dado que la identidad social se forma a partir de la pertenencia a un grupo social, es necesario que ese grupo se diferencie de otros -de forma positiva o negativa-. Además, parece razonable suponer que todas las personas tienden a verse a sí mismas de forma positiva y, puesto que se definen a sí mismas desde una determinada pertenencia a un grupo, es fácil entender que tratarán de evaluar al grupo al que pertenecen también de forma positiva. Por ello, la función del grupo social no es otra que la de proteger la identidad social de sus miembros mediante una diferenciación positiva respecto a otros grupos.

La forma de evaluar al propio grupo es poniéndolo en relación a otros, de ahí que la identidad social positiva suponga que el grupo al que se pertenece pueda ser evaluado positivamente en relación al grupo de comparación, que tiende a percibirse de forma homogénea (Munné, 1989).

Existen dos posibilidades básicas en este proceso (Turner, 1990, p. 59)

a) Las personas están motivadas para establecer distinciones positivas hacia los grupos con los que se identifican frente a los grupos ajenos relevantes.

b) Si la identidad social, derivada de la pertenencia a un grupo dado, no es positiva, sus miembros tratarán de abandonarlo (de hecho o de forma psicológica) para unirse a otro.

De aquí podemos extraer tres consecuencias interesantes a los efectos de esta investigación (Tajfel 1984, p. 293)

1. Una persona quiere permanecer como miembro de un grupo, si ese grupo contribuye positivamente a su identidad social.

2. Si esto no ocurre, la persona intentará abandonarlo, excepto que (a) ese abandono sea imposible por razones objetivas, o (b) ello suponga entrar en un conflicto con valores importantes que forman parte de su autoimagen aceptable.

3. En el supuesto de que se den estas dificultades para abandonar el grupo, se plantean dos soluciones: 1) cambiar la visión que se tiene sobre ese grupo, de forma que las características desagradables se justifiquen o se hagan aceptables; o bien 2) aceptar la situación tal cual es y comprometerse en una acción social (política, etc.) que cambie la situación social del grupo (estatus).

En resumen, las comparaciones con otros grupos se convierten en un aspecto importante de la propia imagen de una persona. Esto es todavía más acusado si pertenece a una minoría «inferior» en algún aspecto relevante para la sociedad, pues si, fruto de esa comparación, las personas obtienen una valoración negativa, puede llegarse a interiorizar una autoimagen personal negativa en los miembros del grupo desvalorizado.

Hacia mediados de siglo, los antropólogos Wagley y Harris (1958) postulan que las minorías son consecuencia de las reglas de reproducción social. Así, no sería estrictamente necesaria la existencia de rasgos físicos o culturales específicos -a causa de los cuales un grupo recibe un trato desigual en relación a los demás miembros de la sociedad en la que vive, y por ello son objeto de discriminación colectiva-. Esa visibilidad de la diferencia podría no producirse en un sujeto y éste sí formaría parte de la minoría, de ahí que sea suficiente para ser catalogado como «negro» en U.S.A. que una persona haya tenido ascendientes negros.

La definición clásica de Wagley y Harris incide en 5 grandes condiciones para definir a las minorías: 1) ser segmentos subordinados de sociedades complejas, 2) tener rasgos físicos o culturales especiales tenidos en baja estima por la sociedad, 3) tener conciencia de sí mismas ligadas por los rasgos especiales y las desventajas que éstos acarrearán, 4) transmisión hereditaria de la pertenencia a la minoría, lo que permite afiliar a nuevas generaciones incluso careciendo de los rasgos de la minoría, y 5) mantener una situación preferente de endogamia. En todo caso, es importante resaltar que estamos ante una definición en la que el número de sujetos no importa (el caso de los negros en Sudáfrica permite señalarlos como minoría de acuerdo con esta definición).

La tendencia actual de los investigadores (Meintel, 1993) es la de dar más importancia a la dominación política ejercida por la mayoría sobre la minoría. Es la dominación política de la mayoría la que permite ejercer una discriminación hacia la minoría. Además, del criterio de «visibilidad de la minoría» se derivan consecuencias aberrantes. Es demasiado fácil para un grupo dominante (mayoría) atribuir la situación de una minoría a sus características específicas, y no a la estructura social. Esto supone, ni más ni menos, que hacer recaer la responsabilidad en la propia víctima. Es evidente que la visibilidad es un concepto relativo, tanto más cuanto las minorías no son tan fácilmente identificables como se pre-

las fuertes diferencias existentes en función de variables tan importantes como el grado de pérdida auditiva o la edad de comienzo de la sordera), se tuvieron en cuenta además variables como la edad de comienzo de la escolarización, nivel de estudios, régimen de integración escolar, procedencia geográfica, existencia de familiares sordos y normalidad psicológica de los sujetos.

La muestra de sujetos oyentes procede íntegramente de un Centro de Formación Profesional que cuenta con un grupo de 30 alumnos sordos, pues se consideró imprescindible que estos sujetos tuviesen, al menos, algún conocimiento de la existencia del colectivo de sordos en edades similares a las suyas.

La muestra de sordos quedó constituida por 14 varones y 16 mujeres; los oyentes fueron 14 varones y 13 mujeres. Las edades estaban comprendidas entre 15 y 21 años, distribuidos de la siguiente forma:

TABLA 1. MUESTRA DE SUJETOS

EDAD	HOMBRES		MUJERES	
	<i>Sordos</i>	<i>Oyentes</i>	<i>Sordos</i>	<i>Oyentes</i>
15 años	3	1	2	—
16 años	2	1	2	1
17 años	2	1	1	1
18 años	2	4	3	1
19 años	2	2	2	6
20 años	2	3	4	2
21 años	1	2	2	2
Total	14 ($\bar{x}=17.5$)	14 ($\bar{x}=18.5$)	16 ($\bar{x}=18.3$)	13 ($\bar{x}=19$)

Procedimiento

Se decidió utilizar las posibilidades ofrecidas por el Escalamiento Multidimensional (MDS) como procedimiento para comprobar la existencia de un sentimiento de pertenencia grupal (objetivo específico 1). Siguiendo a Arabie, Carroll y DeSarbo (1987) los resultados obtenidos en el escalamiento multidimensional se complementaron con el análisis de *clusters* para efectuar los análisis de las pequeñas estructuras obtenidas.

Para comprobar la existencia de sesgos endogrupales (objetivo específico 2) se solicitó, únicamente al grupo de sordos en esta ocasión, la realización de una ordenación de los estímulos utilizados en el escalamiento multidimensional junto con una ordenación de 19 escalas bipolares que permitiesen situar al endogrupo frente al exogrupo.

El escalamiento multidimensional constituye un conjunto de técnicas estadísticas cuyo fin consiste en intentar analizar las dimensiones psicológicas por las que los sujetos evalúan a diversos ítems u objetos. La idea básica subyacente es la de la existencia de un paralelismo entre el concepto psicológico de desemejanza y el concepto matemático de distancia euclidiana. Estas dimensiones subyacentes se expresan mediante una configuración espacial de puntos, en la que las distancias entre los puntos representan la distancia (desemejanza) psicológica de los estímulos. La relación entre las distancias y las desemejanzas fue asumida como monótonica, es decir, sólo se utilizó la información ordinal de los datos —modelo no-métrico de Shepard-Kruskal— (Arce, 1993, 1994)

De esta forma, el escalamiento multidimensional proporciona una configuración de puntos en el que la proximidad representa el grado de semejanza que los sujetos estiman que existe entre los estímulos. De las diversas comparaciones establecidas por los sujetos, se obtiene una matriz de semejanzas para cada uno de ellos.

Se seleccionaron los 12 estímulos siguientes: el propio sujeto (YO), padre (PA), madre (MA), jóvenes sordos hombres (ISH), jóvenes sordos mujeres (JSM), jóvenes oyentes hombres (JOH), jóvenes oyentes mujeres (JOM), amigos sordos (AMS), amigos oyentes (AMO), adultos sordos (ADS), adultos oyentes (ADO) y profesores (PR), que cubren los aspectos fundamentales referidos a los otros significativos y el «otro generalizado» (básicamente el entorno familiar, escolar y grupo de pares).

Se obtuvieron medidas de semejanzas solicitando a cada sujeto que manifestase el grado de proximidad psicológica entre los pares de estímulos sobre una escala de 7 puntos. De las diversas comparaciones establecidas por los sujetos se obtuvo una matriz de similitudes para cada uno de ellos. Como entrada para el escalamiento se empleó la matriz de medias de los sujetos.

En la aplicación estuvo presente un intérprete de lenguaje de signos.

Resultados

Se retuvo la solución en dos dimensiones, tanto en el grupo de sordos (Figura 1) como en el de oyentes (Figura 2), ofrecida por el programa ALSCAL (Takane, Young y de Leeuw, 1977). Este programa proporciona dos medidas para el ajuste del modelo: S-stress (y stress) y RSQ. El S-stress (y el stress) son medidas de falta de ajuste —cuanto menor, mejor es el ajuste (1 sería el peor ajuste posible, y 0 supondría un ajuste perfecto)—, mientras que el RSQ (coeficiente de correlación al cuadrado) es una medida de «bondad de ajuste» —cuanto mayor, mejor es el ajuste—. Estos estadísticos se ofrecen en la Tabla 2.

Como puede apreciarse, ambos grupos de sujetos —sordos y oyentes— utilizan 2 dimensiones básicas para emitir sus juicios sobre los estímulos presentados: la sordera (eje I) y la edad (eje II).

Además, la simple observación visual de la configuración revela una serie de agrupaciones menores. Arabie, Carroll y DeSarbo (1987) señalan que, siem-

pre que los datos lo permitan, se usen de forma combinada el MDS y el análisis de *clusters*. En su opinión, ambos procedimientos pueden descubrir aspectos complementarios de los datos, pues el MDS resulta apropiado para descubrir las grandes estructuras subyacentes, mientras que el análisis de *clusters* resulta apropiado para investigar sobre las pequeñas estructuras. En consecuencia, se ha realizado un análisis de *clusters* para desvelar si esas agrupaciones tenían o no una realidad distinta de la visual. El modelo de análisis de *clusters* elegido fue el jerárquico aglomerativo, realizado con el paquete estadístico SPSS/PC+ (Norusis, 1988).

Se aprecia con nitidez la existencia de los dos grandes agrupamientos, perfectamente diferenciados, que tratábamos de encontrar: sordos y oyentes. En la muestra de sordos, la edad y, en menor medida, el sexo, son los criterios que conforman las agrupaciones. Entre los oyentes llama la atención especialmente la lejanía de la figura del profesor.

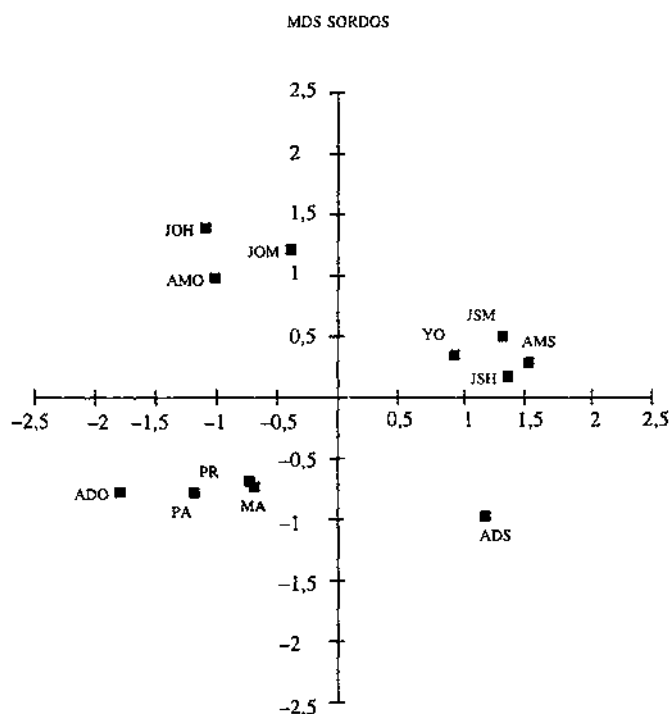


Figura 1.- Escalamiento Multidimensional. Sujetos sordos.

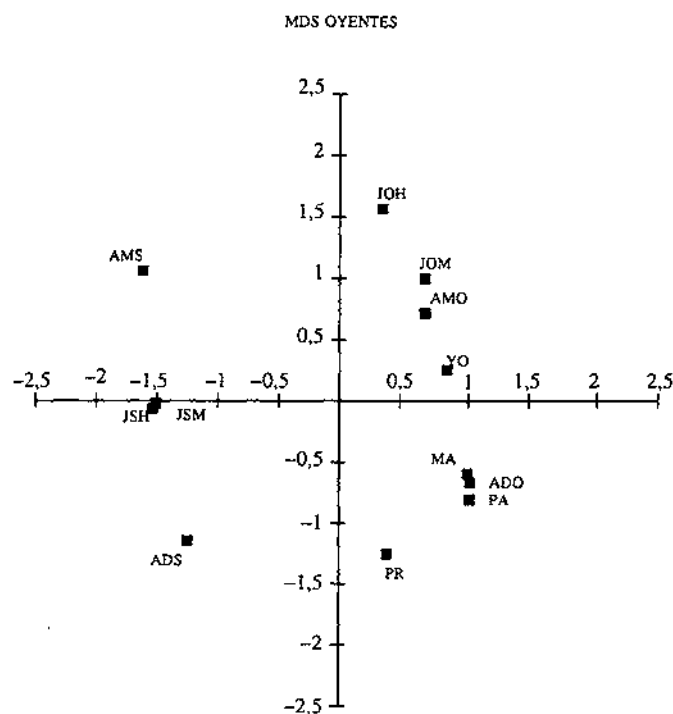


Figura 2.- Escalamiento Multidimensional. Sujetos oyentes.

TABLA 2. VALORES DE AJUSTE DE LOS ESCALAMIENTOS MULTIDIMENSIONALES

<i>Solución en dos dimensiones</i>	<i>S-Stress</i>	<i>Stress</i>	<i>RSQ</i>
Muestra sujetos sordos	.159	.153	.878
Muestra sujetos oyentes	.134	.131	.906

Existencia de sesgos endogrupales

Los planteamientos teóricos sobre la identidad social sugieren la existencia de sesgos endogrupales (Tajfel, 1978). Al necesitar los sujetos obtener una identidad social positiva, es de esperar que si se les plantea una situación de comparación endogrupo-exogrupo muestren preferencias por el primero. Nosotros estamos interesados en verificar si esto se produce también dentro de una población asociada a una minusvalía como es el caso de los sordos.

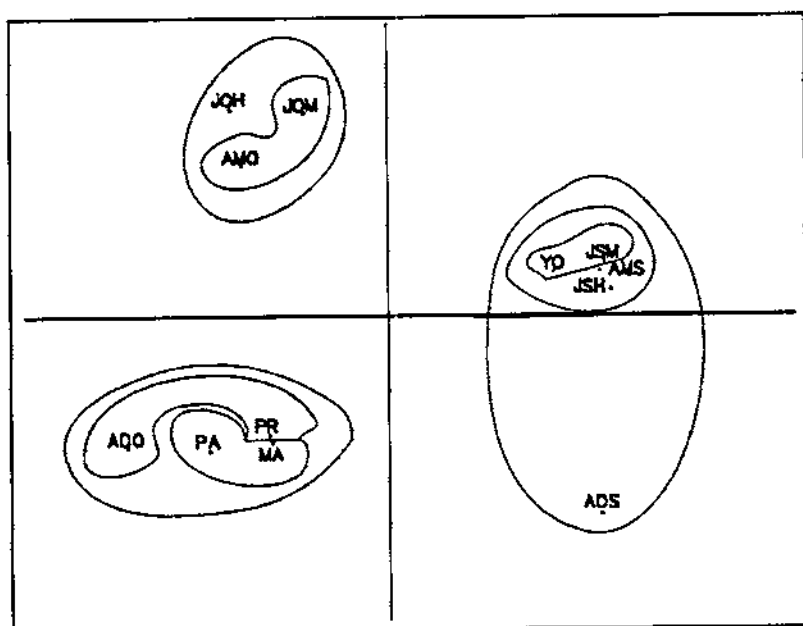


Figura 3.- Configuración del análisis de *clusters* sobre el Escalamiento Multidimensional. Sujetos sordos.

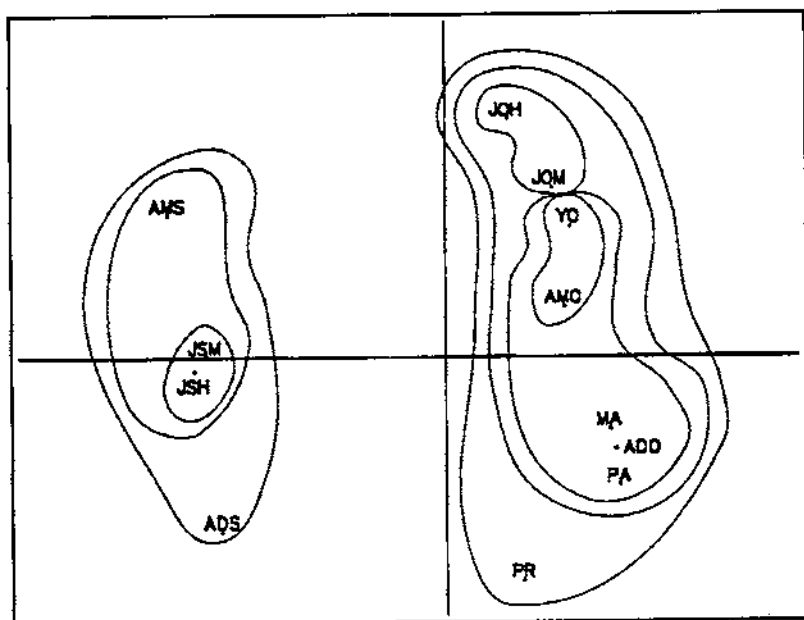


Figura 4.- Configuración del análisis de *clusters* sobre el Escalamiento Multidimensional. Sujetos oyentes.

Naturalmente, para comprobar esta hipótesis necesitamos conocer únicamente la autopercepción del grupo minoritario, por lo que se solicitó al grupo de sujetos sordos la realización de 2 tareas complementarias. En primer lugar, debían indicar su grado de preferencia sobre los 12 estímulos utilizados en el MDS. La tarea consistía consiguientemente en asignar el número 1 al estímulo más preferido, etc., hasta el número 12 al estímulo de menor preferencia. En segundo lugar, se necesitaba conocer la importancia que los sujetos otorgan a un conjunto de 19 escalas bipolares (seleccionadas con la ayuda de profesores de sordos e intérpretes de lenguaje de signos) que permitiesen «calificar» a los estímulos para comprobar posteriormente si existían diferencias entre el endogrupo y el exogrupo en relación a esas dimensiones. Para ello, se pidió a los sujetos que señalaran, sobre una escala de 10 puntos, la relevancia que otorgaban a cada una de las escalas bipolares.

TABLA 3. PREFERENCIA DE LOS ESTÍMULOS

<i>Orden de preferencias</i>	<i>Ítem</i>	<i>Media</i>
1	Yo (el propio sujeto)	3.27
2	Madre	3.68
3	Amigos sordos	4.98
4	Jóvenes sordos (mujeres)	5.43
5	Jóvenes sordos (hombres)	5.81
6	Padre	6.71
7	Jóvenes oyentes (mujeres)	7.56
8	Amigos oyentes	7.66
9	Adultos sordos Jóvenes oyentes (hombres)	8.73
10	Profesores	8.91
11	Adultos oyentes	9.65

Con la excepción de los estímulos referidos a las figuras parentales (la madre elegida en segundo término y el padre en sexto) existe una clara predilección en la elección de los sujetos jóvenes sordos. El endogrupo aparece bastante claro e incluye las dos dimensiones del escalamiento.

Mediante la aplicación de la prueba T de Wilcoxon se ha verificado el grado de significación estadística de este ordenamiento encontrando diferencias significativas entre los grupos sordo y oyente: entre los amigos sordos frente a los amigos oyentes ($p < .0005$); los jóvenes sordos —ambos sexos— con sus pares

oyentes -ambos sexos- ($p < .008$ o inferior) y los adultos sordos frente a los adultos oyentes ($p < .001$). Se ve con claridad la diferenciación en el ordenamiento en función de las dimensiones obtenidas en el MDS.

Los datos referidos a la relevancia de las escalas bipolares se ofrecen en la Tabla 4.

TABLA 4. RELEVANCIA DE LAS ESCALAS BIPOLARES

Orden	Escala	Media
1	Responsables / Irresponsables	9.62
2	Con dinero / Sin dinero	8.65
3	Trabajo Problemas de comunicación	8.51
4	Cultos / Incultos	8.41
5	Solidarios / Insolidarios	8.13
6	Integrados / Marginados Libertad	7.65
7	Felices / Infelices	7.55
8	Confiados / Desconfiados	7.51
9	Valientes / Cobardes	6.82
10	Poderosos / Débiles Realistas / Utópicos	6.62
11	Maduros / Inmaduros Prácticos / No prácticos	6.44
12	Conservadores	6.20
13	Sinceros / Mentirosos	5.48
14	Egoístas / Altruistas	4.13
15	Cotillas / No cotillas	2.72

Puede comprobarse cómo tan sólo dos de las escalas puntúan por debajo de la puntuación media, y cómo entre las dimensiones más valoradas están, como era de esperar a estas edades, la preocupación por los aspectos económicos y laborales.

Comparación endogrupo-exogrupo

Las comparaciones endogrupo-exogrupo se realizan mediante la prueba *t* de Student para muestras con datos relacionados. Se ha verificado que tan sólo

una de las escalas produce una diferencia significativa entre el grupo de sordos, globalmente considerado, frente al grupo de oyentes: los sujetos sordos son percibidos como «menos egoístas» que los oyentes.

Ya se ha mencionado anteriormente la necesidad de incluir la segunda dimensión del escalamiento en el análisis, al aparecer el endogrupo caracterizado por ambas dimensiones: sordera y edad. Entrecruzando ambas dimensiones, se obtiene la percepción de los jóvenes sordos como «menos desconfiados» que sus pares oyentes ($p < .05$), y los adultos sordos con más problemas económicos ($p < .005$) y más desconfiados ($p < .005$) que los adultos oyentes.

Discusión

Tal como se ha señalado, Tajfel (1978) desarrolla una perspectiva psico-social-cognitiva de la conducta intergrupar. Su definición de «grupo social» incide esencialmente en los componentes emocionales y cognitivos de pertenencia al propio grupo.

El primer objetivo específico se refiere a la consideración de los sordos como grupo social diferenciado. Hemos podido verificar cómo la técnica del Escalamiento Multidimensional se ha revelado válida para analizar el sentimiento de pertenencia social. A través de los diferentes análisis de Escalamiento Multidimensional efectuados, se ha constatado que los sordos se perciben y son percibidos como un grupo social.

Dos fueron las dimensiones obtenidas en el análisis: sordera y edad, y ambas inciden de forma decisiva en los agrupamientos más específicos obtenidos con el análisis de *clusters*. La representación cognitiva de los sordos, como grupo, aparece nítida tanto en la muestra de jóvenes sordos como en la de sus pares oyentes, siendo la segunda dimensión, la edad, la que determina los agrupamientos entre sordos y oyentes.

Se ha señalado igualmente, que una de las consecuencias de la teoría de la CIC es la de la existencia de sesgos endogrupales. Mediante un proceso de ordenación de estímulos se ha verificado la existencia de sesgo endogrupal en los sordos (segundo objetivo específico), si bien los datos expuestos no permiten inferir que entre los jóvenes sordos exista un claro sentimiento de identificación grupal, al estar muy matizado por la dimensión «edad».

El matiz introducido por esa segunda dimensión, está en la línea de argumentación de Tajfel, de que los sujetos realizan comparaciones intergrupo sobre aspectos que puedan contribuir positivamente a su identidad social, y tenderán a evitar comparaciones intergrupo con contribuciones negativas a la misma. De esa forma, el exogrupo objeto de comparación debe ser potencialmente similar al endogrupo, de ahí la consideración de la dimensión «edad» como determinante en la configuración grupal: el endogrupo aparece más claramente identificado en los datos como el de «jóvenes sordos».

La existencia de sesgos endogrupales como mecanismo para el logro de una identidad social positiva se ha verificado en este estudio, aunque los sesgos

no aparecen claramente identificados a través de la atribución de características positivas hacia el propio grupo. Este resultado se encuentra en la línea de los trabajos de Turner (1990) que revelan cómo el proceso de categorización, por sí mismo, no produce discriminación hacia los exogrupos si los sujetos tienen otras posibilidades de autoevaluación positiva, resaltando que la vinculación afectiva con el endogrupo no tiene por qué traducirse en rechazo hacia el exogrupo. Los resultados obtenidos van en esa dirección: las atribuciones de características positivas hacia el propio grupo —y negativas hacia el exogrupo—, no están muy acentuadas. En la consideración del grupo de sordos frente al grupo de oyentes (1ª dimensión del MDS) aparece únicamente la escala de «egoísmo», referida a los oyentes, como atribución estadísticamente significativa.

REFERENCIAS

- Arabie, P., Carroll, J.D. & DeSarbo, W. (1987). *Three-way scaling and clustering*. Newbury Park, CA: Sage.
- Arce, C. (1993). *Escalamiento multidimensional. Una técnica multivariante para el análisis de datos de proximidad y preferencia*. Barcelona: PPU.
- Arce, C. (1994). *Técnicas de construcción de escalas psicológicas*. Madrid: Síntesis.
- Colin, D. (1980). *Psicología del niño sordo*. Barcelona: Toray-Masson.
- Foster, S. (1989). Social Alineation and Peer Identification: A Study of the Social Construction of Deafness. *Human Organization*, 48, 3, 226-235.
- Harris, A.E. (1978). The development of the deaf individual and the deaf community. In L.S. Liben (Ed.), *Deaf children: Developmental Perspectives* (pp. 217-233). New York: Academic Press.
- Levine, E.S. (1981). *The ecology of early deafness*. New York: Columbia University Press.
- Meintel, D. (1993, julio). ¿Qué es una minoría? *Correo de la UNESCO*, 10-13.
- Morales, J.F. (1990). Prólogo a la edición española. En J.C. Turner, *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata.
- Munné, F. (1989). Prejuicios, estereotipos y grupos sociales. En A. Rodríguez y J. Seoane, *Creencias, actitudes y valores*. Madrid: Alhambra Universidad.
- Norusis, M.J. (1988). *SPSS/PC+. Advanced Statistics*. Chicago, IL: SPSS Inc.
- Padden, C. (1980). The deaf community and the culture of deaf people. In C. Baker & R. Battison (Ed.), *Sign Language and the Deaf Community*. Silver Spring, Md: National Association of the Deaf.
- Tajfel, H. (1978). *Differentiation between social groups: Studies in the social psychology of intergroup relations*. London: Academic Press.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.
- Turner, J.C. (1990). *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata.
- Takane, Y., Young, F.W. & DeLeeuw, J. (1977). Nonmetric individual differences multidimensional scaling: An alternating leastsquares method with optimal scaling features. *Psychometrika*, 42, 7-67.
- Valmaseda, M. (1987). Interacción, desarrollo social y características de personalidad del niño sordo. En A. Marchesi, *El desarrollo cognitivo y lingüístico de los niños sordos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wagley, C. & Harris, M. (1958). *Minorities in the New World*. New York: Columbia University Press.